August Kubizek

Adolfo Hitler:

Mi Amigo de Juventud



Ediciones U

ÚNICA EDICIÓN AUTORIZADA PARA
TODOS LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA

TÍTULO DE LA OBRA ORIGINAL
«ADOLF HITLER, MEIN JUGEND FREUND»

TRADUCCIÓN DIRECTA
DEL ALEMÁN POR
MANUEL SCHOLZ

Alto Lucero, Veracruz.
Solsticio de Verano de 2007
Impreso en México

INTRODUCCIÓN

Después de la Primera Guerra Mundial, y como consecuencia del tratado de paz que puso término a aquélla, surgió, en Europa Central, un nuevo tipo de jefe político: el tribuno popular. Estos hombres, provenientes de los más diversos estratos sociales, que convirtieron en su lema la frase del semidios griego: “¡No lo has llevado a cabo todo por ti mismo, oh, ardiente y santo corazón!”, llegaron a alcanzar las más altas cimas de la fama. El entusiasmo de las masas les rodea, y la propaganda les ensalza sin medida. ¡Que Dios se apiade, empero, de aquellos que osan aventurarse en una guerra, y se permiten perderla! De acuerdo con la moral de nuestro tiempo, esto significa ser condenado a muerte y ahorcado por un tribunal que pretende defender el derecho de gentes, pero que, en realidad, no hace sino defender el derecho de los vencedores. O, si quieren escapar a este destino, deben elegir la muerte por su propia mano. El fin de Hitler y Mussolini es característico. Estos dos estadistas iniciaron la era de los tribunos populares, que más tarde habría de encontrar su continuación, en un gran número de variaciones, en otros países y continentes.

Adolfo Hitler se derrumbó entre el fragor y las tempestades de un crepúsculo de los dioses. Cuando se hubo dado muerte de un disparo en el refugio de la destrozada Cancillería, y la desgraciada Segunda Guerra Mundial hubo terminado con la capitulación incondicional del Reich, su figura se convirtió, en un principio, en una caricatura histórica y humana. La “literatura confidencial” se apropió de ella. Desde los llamados “También-historiadores” hasta los psiquiatras, todos intentaron hacer su agosto de esta figura en forma de obras bien remuneradas. Aquellos que afirman ante el pueblo: “no fue mía la culpa, sino suya”, pertenecen también a ellos, lo mismo que los realmente maltratados, los que a duras penas pudieron salvarse, y que le odiaron ya desde un principio. Y, sin embargo, un retrato claro de la naturaleza y de la obra de Adolfo Hitler no podrá ser siquiera esbozado, en tanto no se cree para ello una premisa fundamental: el total conocimiento de todas las relaciones en la gran política y en la vida de Hitler. Y aun cuando ésta exista, la figura del canciller alemán seguirá todavía confusa en la historia, pues, en este aspecto, habrá de ser decisivo el punto de vista desde el que se considere. No hay que recordar sino la actitud de los historiadores europeos en relación con el

emperador Federico II, o Wallenstein, y, ante todo, con Napoleón, Metternich y Bismarck en las distintas épocas.

Cabe alegrarse, ciertamente, de que la literatura "sensacionalista" y "confidencial" que se venga de la época nacionalsocialista vaya cediendo, cada vez más, el lugar a la ciencia histórica. Se conocen ya serios y nobles intentos para aportar las primeras piedras para un juicio objetivo de la época autoritaria de Alemania y de sus figuras responsables.

Esta obra pretende servir también al mismo propósito, ya que ofrece a los historiadores un importante material objetivo de la juventud de Hitler, para permitirles esbozar un estudio de conjunto sobre la naturaleza y la obra de este hombre.

Todos y cada uno pueden medir, en su propia existencia, cuán importante es la época de la juventud para el ulterior desarrollo del hombre. El carácter, la actitud en relación con lo que le rodea, con la época y sus ideas, con la política, el arte y las ciencias, en resumen, todo el concepto del mundo, se absorben y captan en esta época de la vida. Para Hitler es esto válido en una medida especial, dado que, por razón de sus especiales inclinaciones, apenas si se han modificado aquéllas posteriormente.

Hay que hacer constar también en este lugar otra consideración: antes de que el último testigo de la juventud de Hitler deje para siempre la pluma de su mano, es preciso retener y conservar, para la posteridad, sus conocimientos sobre el tribuno popular alemán. August Kubizek, en la actualidad jefe de negociado en el municipio de Eferding, a sus sesenta y cuatro años, es, sin duda, el más importante de ellos, ya que fue amigo de Adolfo Hitler. Y debemos destacar que no es un amigo más, tal como se les encuentra en la vida de todo hombre joven, sino el único amigo en aquella época en que Hitler acababa de salir de la escuela real en Linz, y trataba de encontrarse a sí mismo y a su porvenir. Lo mismo es válido, también, para los años de aprendizaje en Viena, hasta la repentina desaparición voluntaria de Hitler. Las declaraciones de Kubizek son, por tanto, de una importancia casi decisiva. Él es el único que está en situación de ofrecernos el cuadro del joven Hitler de modo concluyente, ya que no existe ninguna "fuente" mejor, ni podrá haberla, tampoco, en el futuro.

A ello se añade que el autor de este libro es músico por naturaleza e inclinación, al que tan sólo los avatares de la época arrojaron a la administración de una comunidad. La política no le interesaba entonces, ni sigue interesándole hoy día. Es por ello que sus manifestaciones se refieren solamente al aspecto humano y psicológico de Adolfo Hitler. Y también cuando se refiere a los proyectos y pensamientos del amigo de su infancia —que más tarde han de resurgir, en efecto, en el programa político de Hitler, con lo que pone de manifiesto, de manera irrefutable, lo consecuente en la naturaleza del dictador alemán—, está muy por encima de la sospecha de servir a la especulación

política. Es justamente esta falta de interés por la política la que concede a Kubizek la libertad interior para describir la vida de Hitler antes de su madurez, como hombre y amigo, y nada más que esto.

Cuando el 8 de abril de 1938 ve Hitler de nuevo a "su Gustl" en Linz, y le ofrece espontáneamente su ayuda para que pueda consagrarse a la música, rechaza Kubizek esta propuesta por modestia, pues se cuenta entre aquellos que no buscaron jamás ninguna ventaja o provecho de su amistad con Hitler. Cuando más tarde, siguiendo una invitación del canciller alemán, acude a Bayreuth, lo hace solamente como continuación de la amistad sellada en la entrada de paseo del Teatro Municipal de Linz, ascendido ahora a la categoría de jefe del Estado. Las tentadoras ofertas de los editores para escribir sobre el canciller del Reich, hubo de rechazarlas Kubizek ya en aquel tiempo en que Hitler y Bormann no le habían recomendado aún la mayor reserva. Dado que algunos de sus recuerdos de Hitler estaban en contradicción con las declaraciones de éste en su obra polémica *Mi lucha*, prefirió distanciarse de todo ello. Pero, cuando la estrella de su amigo empezó a declinar, el músico apolítico, que hasta entonces no había sido siquiera miembro del partido, decidió ingresar en el NSDAP: no para ceder su voto al régimen, sino por pura fidelidad al amigo. En una actitud tan llena de carácter e insobornable, no debe causar extrañeza el que el autor de esta obra se negara, también después de 1945, a publicar en la literatura "sensacionalista" los recuerdos de su juventud al lado de Hitler. Esperó hasta que se hubiera calmado el encrespado oleaje de la excitación política, hasta que la edad le aconsejó aportar sus conocimientos sobre Hitler, hacia el que sigue reconociéndose como amigo de la infancia, por encima de toda política, para contribuir a una biografía histórica objetiva y carente de todo apasionamiento. Esto deben agradecérselo todos los círculos interesados —tanto los antiguos enemigos como los partidarios del nacionalsocialismo—, pues, gracias a ello, podrá salir a la luz la figura del joven Hitler, yacente, hasta ahora, en la obscuridad.

La Editorial Leopold Stocker, a cuyos ruegos se escribió la presente obra, agradece desde aquí particularmente al autor, pues sabe cuán falsamente interpretada puede ser tal obra. El hecho de que el autor haya aceptado llevar a cabo esta penosa tarea, en beneficio de la ciencia histórica y de la verdad, es digno del mayor reconocimiento. El propósito de la editorial coincide con el de August Kubizek en todos sus aspectos. No aspira más que a una cosa: ¡prestar un servicio a la verdad!

LEOPOLD STOCKER

DECISIÓN Y JUSTIFICACIÓN

La decisión de recopilar mis recuerdos de infancia al lado de Adolfo Hitler, me ha sido difícil; son grandes, pues, las probabilidades de no ser comprendido. Sin embargo, los dieciséis meses de cautiverio americano a que tuve que someterme en el año 1945, a mis cincuenta y siete años, han quebrantado mi salud de por sí ya no muy fuerte; y es por ello que quiero aprovechar los días que me han sido todavía concedidos.

En los años de 1904 a 1908 viví yo al lado de Adolfo Hitler como el único de sus amigos, primero en Linz, y después en Viena, donde compartíamos la misma habitación. Aun cuando se trata de aquellos años de evolución y desarrollo, en los que va marcándose lentamente el sello de la personalidad de un hombre, poco es lo que se conoce de tan importante capítulo en la vida de Adolfo Hitler, y este poco no es, además, siempre verdad. Al referirse a este período, el mismo Hitler se ha limitado siempre a algunas observaciones bastante fugaces. Es por ello que opino que estas páginas pueden contribuir a aclarar el cuadro que al presente se ha hecho de Adolfo Hitler, sea cual sea el punto de vista desde el que se examine. El supremo principio que me guía, es: redactar estos recuerdos de infancia sin añadir, pero tampoco silenciar nada. No quiero decir más que lo que fue.

Por todo ello no me gustaría que esta obra fuera incluida entre la habitual literatura sensacionalista en torno a Hitler. He demorado la publicación de esta obra hasta ver disminuido el interés despertado por esta clase de literatura, y cuando cabe esperar que habrá de ser tomada en serio por los hombres conscientes y de pensar objetivo, al publicarse un libro sobre Adolfo Hitler. Sería falso querer añadir a estos recuerdos y vivencias comunes de juventud, pensamientos y opiniones propios de los capítulos posteriores de la vida de Hitler.

He procurado celosamente mantenerme alejado de estos peligros, y consignar mis recuerdos de aquellos tiempos de la misma manera como si Adolfo Hitler, con el que tuve una amistad tan íntima, hubiera seguido siendo durante toda su vida un desconocido o hubiera caído en la Primera Guerra Mundial.

Comprendo perfectamente las enormes dificultades que se oponen a mi propósito de recordar y escribir sucesos y acontecimientos que se remontan a más de cuarenta años. Sin embargo, mi amistad con Adolfo Hitler llevó

marcada, ya desde un principio, la importancia de lo extraordinario, de forma que los detalles han quedado más firmemente grabados en mi recuerdo de lo que es usual en las relaciones más indiferentes. Por otra parte, me sentía también obligado al mayor agradecimiento hacia Adolfo Hitler, por haber sido él quien pudo persuadir a mi padre de que mis inclinaciones y aptitudes musicales no me llamaban al taller, sino al Conservatorio. Este cambio, decisivo para el ulterior curso de mi vida, y que el joven Hitler, que entonces contaba sólo dieciocho años, consiguió imponer a pesar de las resistencias que me rodeaban, dio a mis ojos un superior realce a nuestra amistad. Es por ello, también, que su recuerdo ha quedado tan firmemente grabado en mi mente. Debo añadir, además, que yo, a Dios gracias, gozo de una excelente memoria, que, de todas formas, es eminentemente acústica. Para la redacción de esta obra han sido para mí una gran ayuda las cartas, tarjetas y dibujos recibidos de mi amigo, y, de otra parte, las anotaciones tomadas por mí mismo hace ya mucho tiempo.

Si nuestro pueblo quiere recuperar algún día la confianza en sí mismo, tan quebrantada en estos últimos tiempos, debe procurar superar este difícil y penoso capítulo de su historia, es decir sin ningún impulso desde el exterior. Esto no puede conseguirse, es cierto, por falsas "revelaciones" o juicios unilaterales, sino por la representación objetiva, justa y, en consecuencia, realmente convincente de los acontecimientos históricos. Y confío poder contribuir a ello en el modesto marco de esta obra.

Eferding, agosto de 1953.

AUGUST KUBIZEK

I

AMIGOS DE JUVENTUD EN LINZ

PRIMER ENCUENTRO

Yo nací en Linz el 3 de agosto de 1888.

Mi padre era de oficio tapicero y mi abuelo carpintero. Mi abuela procedía del campo, y pertenecía a los Gillhofer de Peuerbach. Mi madre era hija de un herrero, emigrado a la ciudad en los años en que se trazó la línea del ferrocarril tirado por caballos Linz-Budweis. Estaba casado con una campesina de Rosenberg. A su través entraron a formar parte de nuestra familia gentes de la patria de Adalbert Stifter. Mi padre tenía muchos de los rasgos propios de los moradores de los bosques de Bohemia.

Antes de contraer matrimonio, mi padre trabajaba como oficial tapicero en la fábrica de muebles de Linz, Müller und Sohn, en la Bethlehemstrasse. Al mediodía solía comer en un pequeño figón en la Bischofsstrasse que existe todavía en la actualidad. Aquí conoció a mi madre, que trabajaba de camarera en este local, en el que no era obligatorio la consumición de bebidas. Los dos se agradaron mutuamente y en julio de 1887 contrajeron matrimonio.

En un principio, la joven pareja se instaló en casa de los padres de mi madre, en la Hafnerstrasse 35. El jornal de mi padre era escaso y mucho y fatigoso el trabajo. Mi madre se encontraba encinta y había abandonado su trabajo. Es por ello que yo nací en tristes circunstancias. Un año más tarde nació mi hermana María que murió todavía en la primera niñez. Al año siguiente vino Teresa al mundo. Ésta murió a la edad de cuatro años. Mi tercera hermana, Carolina, enfermó gravemente, vivió delicada algún tiempo y murió cuando contaba ocho años de edad. No es para describir el dolor de mi madre. Durante toda su vida sufrió bajo el temor de perderme también a mí. De sus cuatro hijos, yo era el único con vida. Así, todo el amor de mi madre se consagró hacia mí.

Hay aquí un notable paralelo en nuestros destinos. También la madre de Hitler había perdido a tres de sus hijos: Gustavo, Ida y Otto. Durante mucho tiempo fue también Adolfo el único hijo que seguía con vida. Edmundo,

nacido cinco años después de Adolfo, murió a la edad de seis años. La única superviviente era Paula, la hermana de Adolfo, siete años más joven. Mucho había de común en la naturaleza y modo de ser de las dos madres. Y también Adolfo y yo, aun cuando en nuestra juvenil exuberancia no hacíamos ninguna especial mención de la muerte de nuestros hermanos, nos sentíamos, en cierto modo, señalados por el destino; por decirlo así, como los supervivientes de un linaje muy amenazado, a los que competían, en consecuencia una especial responsabilidad. El hecho de que Adolfo me llamara a mí, a veces, Gustavo en lugar de Augusto, con toda seguridad de manera inconsciente —también en una tarjeta a mí dirigida puede leerse este nombre en la dirección—, nombre llevado por su primer hermano muerto, guarda, quizá, una relación con la usual forma familiar de Gustl, pero es posible también que quisiera dar con ello una alegría a su madre al transmitirme este nombre a mí, acogido como un hijo en la familia Hitler. No puedo acordarme con más detalle sobre esta particularidad.

Entretanto mi padre se había hecho independiente abriendo un taller de tapicería en el número 9 de la Klammstrasse. La vieja casona, fea y pesada, que ha resistido sin la menor transformación el paso de los años, se convirtió desde entonces en el escenario de mi niñez y mi juventud. Quiero describir con todo detalle los sucesos y vivencias de aquella época, aun cuando carezcan en el fondo de toda trascendencia, para conjurar la atmósfera en que se desarrolló mi amistad con Adolfo Hitler. La estrecha y umbría calle, en la que durante algún tiempo vivió también el poeta Adam Müller-Guttenbrunn, aparecía miserable al lado de la amplia y luminosa avenida, adornada con superficies de césped y árboles, que formaban su prolongación.

No cabe duda de que las insanas condiciones de la vivienda tenían también su parte de culpa en la temprana muerte de mis hermanas. Todo esto cambió en la nueva casa. El taller estaba situado en la planta baja, y la vivienda en el primer piso, formado por dos habitaciones y una cocina. A pesar de ello, mi padre apenas si podía verse todavía libre de sus dificultades pecuniarias. El negocio iba mal. Más de una vez estuvo a punto de cerrar el taller y entrar de nuevo, como obrero, en la fábrica de muebles. Sin embargo, en el último instante podía siempre hacer frente a todas las dificultades.

Llegó el tiempo de ingresar en la escuela, un acontecimiento bastante desagradable para mí. Mi buena madre lloraba por las malas notas que yo llevaba a casa. Su dolor era lo único que podía incitarme a un mayor celo en mis estudios. En tanto que mi padre daba por supuesto que yo ocuparía algún día su sitio —¡porque, sino, se atormentaba él desde que amanecía hasta la noche!— mi madre, a pesar de mis malas calificaciones, quería que yo siguiera estudiando. Primeramente debía seguir cuatro años en el instituto, y luego, en todo caso ingresar en la escuela de aprendices. Sin embargo, yo no quería saber nada de ello. Me consideré feliz cuando mi padre, al cumplir yo los diez

años, me mandó a la escuela secundaria municipal. En opinión de mi padre, con ello quedaba decidido de una vez mi ulterior destino.

Sin embargo, hacía ya tiempo que otra afición se había ido infiltrando en mi vida, y a la que me entregué con todo mi corazón: la música. Este amor encontró su expresión visible cuando, contando yo nueve años, recibí como regalo un violín en las Navidades de 1897. Puedo acordarme todavía con toda exactitud de los detalles de esta fiesta, y cuando hoy día rememoro de nuevo mis tiempos idos, mi vida consciente empieza, por así decirlo, con este acontecimiento. El hijo mayor de nuestro vecino era aspirante al magisterio, y me dio lecciones de violín. Yo aprendía bien y con rapidez. ¡Qué alegres perspectivas no se abrieron entonces ante mí! Cuando mi primer profesor de violín se hubo graduado, y fue destinado a un lugar en el campo, ingresé como alumno elemental en el Conservatorio municipal de Linz, pero el sistema de enseñanza en este centro no acababa de satisfacerme, quizá porque yo estaba ya mucho más adelantado que los demás alumnos. Después de las vacaciones tomé de nuevo clases particulares con un antiguo cabo de la banda de música de su Alteza imperial, que desde el primer momento me hizo comprender que yo lo ignoraba aún todo, y que me enseñó los principios fundamentales del violín a la "manera militar". El aprendizaje al lado del viejo Kopetzky eran unas verdaderas maniobras militares. Cuando yo me cansaba del rudo tono militar, me consolaba y me prometía que si seguía progresando así sería aceptado, sin duda, como alumno en la banda del regimiento de su majestad, lo que a su modo de ver, significaba la cima de todos los honores musicales.

Después de terminados mis estudios con Kopetzky, ingresé en el grado medio del Conservatorio, y encontré un maestro tan hábil en su disciplina como en la pedagogía, el sensible profesor Heinrich Dessauer. Como asignaturas complementarias estudiaba yo la trompeta y el trombón, así como teoría musical en general y colaboraba ya en la orquesta formada por los propios alumnos.

Yo gozaba a veces, secretamente, con la idea de hacer de la música la carrera de mi vida. No a manera del cabo Kopetzky, sino que soñaba en alcanzar un bello destino como mi estimado profesor Dessauer. Sin embargo, la realidad vino a cortar de un golpe todos mis sueños. Apenas hube completado mis estudios en la escuela municipal tuve que entrar como aprendiz en el taller de mi padre. Ya anteriormente, cuando escaseaba la mano de obra, había tenido que ayudar yo en el taller, por lo que no tardé en desenvolverme perfectamente en el trabajo. Renovar las viejas tapicerías es un trabajo odioso. Es preciso desmontar toda la pieza hasta sus fondos, separar las bandas con los remaches, y sacar todo el material de relleno. ¡Muchas veces estaban rotos también los muelles, incluso enmohecidos! Armado de la abridora, un tambor de hierro provisto de un cilindro estriado, que se hacía girar rápidamente por medio de una manivela, debía ocuparme yo del relleno mediante crin, estopa u otro

material por el estilo. Todo esto tenía lugar en medio de nubes de polvo, en los que el aprendiz a veces ni podía distinguirse. ¡Qué colchones tan viejos no se llevaban a veces a nuestro taller! En ellos hubiera podido registrarse todas las enfermedades pasadas, o no pasadas, en los lechos. No es de extrañar, pues, que los tapiceros no lleguen alcanzar una edad avanzada.

Sin embargo, no tardé en conocer también el lado bueno del oficio de tapicero: un sentido por el arte y un buen gusto personal juegan aquí un papel decisivo, y no queda ya lejos el paso hacia el arte de la decoración interior. Visitaba casas distinguidas, veía muchas cosas, oía también muchas, y, por encima de todo: en invierno apenas si había aquí nada que hacer. Y, naturalmente, este tiempo pertenecía por entero a la música. Una vez hube pasado con éxito el examen de oficial ante la comisión designada al efecto por las comunidades gremiales, mi padre quiso que entrara yo a trabajar en algún otro taller. Comprendía yo perfectamente la decisión de mi padre, pero no me interesaban las exigencias del oficio elegido, sino, únicamente, los ulteriores progresos en mi educación musical. Así, pues, permanecí como oficial en el taller de mi padre, porque en él podía disponer con mucha más libertad de mi tiempo que no bajo un maestro extraño.

"Violinistas los hay, por lo general, demasiados, pero violas... ¡éstos son los que hacen falta!" Aun hoy debo agradecer al profesor Dessauer que sobre la base de esta experiencia hiciera de mí un aplicado viola. La vida musical en la ciudad de Linz estaba en aquel entonces a un elevado nivel. August Göllerich era el director de la Sociedad Musical de Linz. Como discípulo de Liszt y colaborador de Ricardo Wagner en los Festivales de Bayreuth, Göllerich era el hombre adecuado para dirigir las actividades musicales de Linz, entonces tan a menudo humillada como "ciudad de aldeanos", y que era mirada por encima del hombro, con desdén, por la deslumbrante metrópolis vienesa. Esta Asociación Musical celebraba cada año tres conciertos sinfónicos, así como un concierto extraordinario, en el que intervenía casi siempre un gran coro con acompañamiento de orquesta. Mi madre, aunque procedía de una sencilla familia de artesanos, tenía una extraordinaria sensibilidad musical, y apenas si dejaba de asistir a ninguna de estas representaciones. Ya de pequeño solían llevarme mis padres con ellos a la sala de conciertos. Mi madre me explicaba los pasajes más difíciles, y como ya en aquel entonces dominaba yo superficialmente varios instrumentos musicales, mi interés en estas reuniones era cada vez mayor. Mi máxima aspiración era poder algún día formar parte de la orquesta de la asociación musical, ya como viola o como trompeta.

Sin embargo, esto había de hacerse esperar todavía bastante tiempo. Por el momento, era cuestión de destripar polvorientos colchones y tapizar las paredes de las habitaciones. En aquellos años, las usuales enfermedades de los tapiceros empezaron a ponerse de manifiesto en mi padre. Cuando un tenaz catarro de los lóbulos pulmonares le retuvo por fin medio año en cama, me vi obligado

a atender yo solo el taller. Con ello, mi joven vida discurría entre dos claros contrastes. El trabajo, al que pertenecían mis fuerzas (y también, ciertamente, mis pulmones), y la música, de la que pendían todos mis afectos. No hubiera podido yo jamás creer que pudiera existir entre ambos la menor relación. Y, sin embargo, así era. Intervino el destino, y me aferró por los cabellos.

Entre los clientes del taller de mi padre se contaba también la cercana administración de la ciudad, de la que dependía el teatro. Un buen día trajeron a nuestro taller las tapicerías de un decorado rococó para su reparación. Los ángulos de los almohadones estaban rozados por el uso, y el tapizado estaba en parte desgarrado. El tapizado de los asientos y los respaldos debían encajarse sobre un marco de madera. La nueva tapicería fue encargada en los colores azul y blanco. Una vez hubieron sido restauradas las tapicerías, mi padre me mandó una mañana con ellas al teatro, que no estaba muy lejos de nuestra casa. El maestro encargado de los accesorios me hizo subir al escenario, para que yo adaptara las tapicerías en su marco de madera, que estaban pintados de blanco y tenían tallas doradas. En el escenario se celebraba justamente en aquel momento un ensayo. No recuerdo ya, de qué obra se trataba, pero sí sé que era una ópera. Sin embargo, puedo sentir todavía, como si fuera hoy, la sensación que experimenté al encontrarme, al lado de los artistas y cantantes, en el escenario. Me sentí transformado, como si en este instante me hubiera descubierto a mí mismo por primera vez. Ante mí estaba, vestido de manera deslumbrante, un hombre. Se me apareció como un hombre procedente de otro mundo. Cantaba de manera tan maravillosa, que no pude siquiera imaginarme que éste pudiera hablar como un hombre vulgar. La orquesta contestaba a su poderosa voz... Yo entendía algo de todo ello, pero en esta hora me pareció insignificante todo lo que la música había significado hasta entonces para mí. Tan sólo en su relación con el escenario se levantaba la música hasta un plano más elevado, más digno, el mayor que uno pueda imaginarse. Sin embargo, allí estaba yo, un simple aprendiz de tapicería, ante los sillones rococó, tratando de encajar las tapicerías en sus marcos de madera. ¡Qué mísera ocupación, qué triste existencia! Teatro.., éste era el mundo que yo andaba buscando. El juego y la realidad se mezclaban en sus excitados sentidos. El torpe aprendiz —como una figura cómica de una obra de Nestroy— con los pelos alborotados, inquieta la mirada, con su mandil y las mangas arremangadas, en pie frente a los bastidores, manipulando entre los almohadones y los sillones, como si debiera pregonar con ello el derecho a permanecer allí ¿era, en verdad, tan sólo un triste aprendiz de tapicero? Un chiquillo pobre, despreciado; lanzado siempre de uno a otro lado, al que la “distinguida dama” cuyo tocador tapiza no trata de manera muy distinta que a la misma escalera de mano: se la pone aquí, se la pone allí, donde se la necesite, y cuando no se la necesita más, se la coloca de nuevo en un rincón. Hubiera sido preciso que este aprendiz de tapicero, con sus herramientas todavía en la mano, se hubiera adelantado en

este instante, hacia las candilejas, animado por el director de la orquesta con un disimulado guiño, para cantar su parte, tan sólo para demostrar a los oyentes en el patio de butacas (que no existían siquiera) —¿qué es lo que significa "oyente"?—, y al mundo sorprendido, que, en verdad, era alguien muy distinto a aquel pálido y larguirucho aprendiz del taller de tapicería de la Klammgasse, que, en realidad su sitio estaba en el teatro, en la escena...

Desde aquella hora me entregué al teatro, y lo he seguido hasta hoy. Mientras encolaba la pared de la casa de un cliente, para pegar luego la maculatura preparada con una cola especial, soñaba yo brillantes éxitos en el teatro, en el atril, al frente de la orquesta. Estos sueños no hacían ningún bien a mi trabajo, y no tenía nada de extraño que las franjas de papel encolado quedaran con ello a veces un poco desplazadas. Sin embargo, al volver de nuevo al taller, una nueva recaída en la enfermedad de mi padre me hizo comprender rápidamente cuál era la responsabilidad que sobre mí pesaba.

Así iba oscilando mi vida, entro el sueño y la realidad. En mi casa nadie sospechaba cuál era mi intención; pues antes que decir siquiera una palabra sobre mis ocultos deseos, hubiera preferido morderme la lengua. También a mi madre le ocultaba mis secretos planes. A pesar de ello, es posible que ella adivinara lo que en silencio me torturaba. Pero, ¿podía yo acaso aumentar aún mas sus preocupaciones con las mías? Así pues, no había nadie a quien yo pudiera confiarme. Me sentía muy abandonado, rechazado por el mundo, y estaba tan solo, como sólo puede estarlo una persona joven a la que se ha revelado por vez primera la belleza y los peligros de la vida.

El teatro me infundía nuevos ánimos. No me dejaba escapar ninguna ópera, y por muy cansado que estuviera del trabajo nada podía retraerme de ir al teatro. Naturalmente, con los míseros ingresos que recibía de mi padre como oficial no podía aspirar más que a una localidad de general. Es por ello que solía colocarme siempre en la llamada localidad de paseo, desde donde se podía divisar mejor el escenario. Además pude constatar que en ninguna otra parte era tan buena y completa la acústica como en este lugar. Encima, en el centro de los palcos se encontraba el palco real, sostenido desde abajo por dos columnas de madera. Estas columnas ejercían una especial fuerza de atracción sobre el público de las localidades de paseo, por ser las únicas que ofrecían la posibilidad de apoyarse, sin tener que renunciar, por ello, a una parte del espectáculo; pues, si se apoyaba uno en la pared posterior, las columnas se interponían en su campo visual. ¡Cuán contento me sentía yo, si, después de pasar todo el día trabajando encaramado en lo alto de la escalera, podía recostar por la noche mi espalda en la lisa columna! Es cierto que para ello era preciso acudir muy temprano al teatro, si no quería desaprovechar esta oportunidad.

Muchas veces son justamente los detalles sin importancia los que se graban con más fuerza en la memoria. Puedo verme todavía, con toda exactitud, en la imaginación precipitarme a mi localidad ante las columnas, reflexionando si debía elegir la de la derecha o la de la izquierda. Muchas veces, sin embargo, estaba ya ocupada una de las dos columnas, la de la derecha; así pues había alguien más interesado todavía que yo. Medio molesto, medio asombrado, contemplé mi competidor. Era un joven curiosamente pálido, delgado, de la misma edad aproximadamente que yo, que seguía con ojos resplandecientes la representación. No cabía duda de que era de una casa acomodada, pues iba siempre pulcramente vestido y se mostraba sumamente reservado.

Tomamos nota de nuestra mutua presencia sin pronunciar una sola palabra. Pero, en una de las siguientes representaciones —no recuerdo si era “El cazador furtivo” “El sueño de una noche de verano” o “Evangelimann”, por aquel entonces representada con mucha frecuencia— entramos en conversación durante uno de los entreactos pues al parecer ninguno de los dos estábamos satisfechos con el artista que incorporaba uno de los principales papeles en la representación. Comentamos esta impresión, y nos satisfizo esta unanimidad en el juicio desfavorable. Me sentí asombrado por la rápida y segura comprensión de mi interlocutor. No cabía la menor duda de que me era superior en este aspecto. Por el contrario, él reconocía mi superioridad cuando la conversación se refería a temas puramente musicales. No me es posible fijar con exactitud el día en que tuvo lugar esta primera conversación. De todas formas, era en los días alrededor de la festividad de Todos los Santos en el año 1904.

Las cosas siguieron así durante algún tiempo. El otro joven no había hablado hasta entonces una sola palabra acerca de sí mismo. Así, pues, yo no creí tampoco necesario referirle algo de mi vida. Por el contrario, los dos sentíamos el mismo intenso interés por las representaciones a las que asistíamos regularmente, y adivinábamos que en cada uno de nosotros palpitaba el mismo entusiasmo por el teatro.

Un día, lo acompañé a su casa después de la representación. Así pude averiguar que vivía en el numero 31 de la Humboldtstrasse. Cuando nos despedimos, me dijo su nombre: Adolfo Hitler.

A partir de aquel día nos encontramos a cada representación de ópera, nos citábamos luego a la salida del teatro, y dábamos largos paseos a pie, uno al lado del otro, por la Landstrasse.

Linz, que en este último decenio se ha convertido en una moderna ciudad industrial, y que alberga a gentes de todas las regiones de la amplia comarca del Danubio, era entonces una ciudad de fuerte carácter campesino. En sus arrabales se veían todavía las sólidas granjas cuadrangulares de los aldeanos, al modo de viejas fortalezas, y en medio de los bloques de casas de viviendas se extendían las praderas, en las que pacía plácidamente el ganado. En las tabernas, la gente bebía el mosto habitual en el país. Por todas partes se oía el amplio y cómodo dialecto del país. En la ciudad se conocían solamente los carruajes tirados por caballos, y los cocheros eran quienes más celosamente procuraban que Linz no se distanciara del "campo". La burguesía, aun cuando en su gran mayoría procedía del campo, y estaba unida también por lazos familiares con la población campesina, procuraba distanciarse tanto más de las capas aldeanas, cuanto más afines eran todavía a ellas. Casi todas las familias más destacadas de la ciudad se conocían entre sí. El mundo del comercio, los funcionarios y los oficiales de la guarnición eran los que daban el tono y prestancia a la sociedad. Quien se tenía a sí mismo en alta estima, se encontraba por las noches en el paseo cotidiano por la calle principal de la ciudad, que lleva desde la estación al puente que cruza el Danubio, y que se llama, de manera significativa la "Landstrasse". Dado que Linz no poseía en aquel entonces universidad, los jóvenes de todas las capas y estados sociales procuraban imitar lo mejor posible las costumbres de los estudiantes. El tráfico social en esta calle no quedaba muy atrás de la vida nocturna en la Ringstrasse vienesa. Por lo menos, así lo estimaban los habitantes de Linz.

Hitler no parecía tener mucha paciencia; pues, si en alguna ocasión dejaba yo de acudir puntualmente a la cita convenida, acudía él al instante al taller en mi busca, y ello, tanto si yo estaba justamente ocupado reparando un viejo sofá de hule negro, o una silla de orejas barroca, o cualquier otro objeto. Consideraba mi trabajo simplemente como una molesta interrupción de nuestras personales relaciones y blandía impaciente el negro bastoncillo de paseo que llevaba siempre consigo. Yo me admiraba que tuviera siempre tanto tiempo libre, y en cierta ocasión le pregunté si no trabajaba también.

—¡De ninguna manera!— fue la abrupta respuesta.

A estas palabras, que me parecieron muy fuera de lugar, añadió Hitler una larga explicación. De acuerdo con su forma de pensar, no consideraba necesario perder el tiempo en un trabajo determinado, un "oficio para ganar el pan", según su propia expresión.

Hasta entonces no había oído yo de nadie palabras semejantes. Estaban en contraste con todo lo que hasta aquel momento había sido fundamental en mi existencia. En un principio acogí sus palabras simplemente como una juvenil baladronada, aun cuando Adolfo Hitler no tenía, es cierto, el menor aspecto de vanidoso, ni por su presencia ni por su manera de hablar. De todas formas, no pude por menos de sentirme asombrado por sus propósitos, pero no seguí preguntando. Por ahora ya había sacado bastante de él. Era preferible hablar de "Lohengrin", la ópera que más nos entusiasmaba, que no de asuntos particulares.

"Tal vez sea hijo de padre ricos", pensaba yo, "o tal vez haya recibido una gran herencia y puede permitirse vivir sin su oficio para ganarse el pan"; estas palabras tenían en sus labios un tono francamente despectivo. No le tenía, en modo alguno por un ocioso, pues nada en él mostraba el aire superficial e irreflexivo del vago. Cuando cruzábamos por delante del Café Baumgartner, el actual Café Schönberger, se acaloraba siempre al contemplar a los jóvenes sentados allí detrás de los ventanales junto a las mesitas de mármol, como en un gran escaparate, mientras consumían su tiempo en interminables conversaciones, sin que, al parecer, se diera cuenta del contraste de sus palabras con su propia norma de vida. Es posible que algunos de los que "estaban sentados en el escaparate" tuvieran ya una firme posición y unos ingresos garantizados, cosa que en él era todavía incierta.

¿Era tal vez Hitler un estudiante? Esta había sido mi primera impresión. También el negro bastoncillo de ébano con el gracioso zapatito de marfil como puño era un accesorio típicamente estudiantil. De todas formas, no dejaba de sorprenderme que hubiera elegido para amigo a un simple aprendiz de tapicero, siempre temeroso de que durante sus paseos pudiera percibirse todavía el olor de la cola con la que trabajaba durante el día: Si Hitler era un estudiante, debía ir a alguna clase. De manera imprevista llevé yo la conversación hacia la escuela.

—¿Escuela?

Fue el primer acceso de cólera que tuve ocasión de observar en él. No quería tener absolutamente nada que ver con la escuela. La escuela no le importaba en modo alguno. Odiaba a los profesores, a los que no saludaba, y también odiaba a los compañeros de colegio, que en éste eran educados solamente a la ociosidad. Le conté cuán poco éxito había yo tenido en el colegio.

—¿Por qué poco éxito?— quiso saber.

No parecía complacerle lo más mínimo que yo hubiera obtenido tan poco provecho del colegio, al que él declaraba odiar de esta manera. No pude descubrir el motivo de esta contradicción. Sin embargo, de la ulterior conversación pude deducir que hasta no hacía mucho había asistido él también a un colegio, probablemente a una escuela superior, el instituto o quizá la

escuela real, y que estos estudios habían terminado, probablemente, con una catástrofe. De lo contrario, no podía explicarse esta radical oposición. Por lo demás, de continuo descubría yo en él nuevos contrastes y enigmas. Muchas veces llegó a parecerme su carácter misterioso. En cierta ocasión, mientras paseábamos por el Freinberg, se detuvo Hitler de repente, sacó del bolsillo un librito negro —¡me parece verlo todavía ante mí y podría describir todos los detalles!— y me leyó una poesía escrita por él mismo.

No puedo recordar ya el contenido de esta poesía, mejor dicho, no puedo distinguirlo de las otras poesías que Adolfo me leyó posteriormente. Sin embargo, recuerdo exactamente la enorme impresión que me produjo el hecho de que mi amigo compusiera poesías, y que llevara sus poesías consigo con la misma naturalidad como yo solía llevar las herramientas propias de mi oficio. Cuando más tarde Hitler me enseñó también sus dibujos, planos esbozados por él mismo, proyectos confusos, difíciles de descifrar, que tardé bastante tiempo en poder entender, cuando me explicó que tenía otros muchos mejores todavía guardados en su habitación, y que estaba decidido a dedicar su vida por entero al arte, empecé a comprender, lentamente, lo que le sucedía a mi amigo. Pertenecía a aquel particular linaje humano del que también yo soñaba en mis instantes de audacia; un artista, que despreciaba el vulgar "oficio para ganar el pan", y se ocupaba solamente de componer poesías, dibujar y pintar, y asistir a las representaciones teatrales. Esto me impuso de manera enorme. Sentí un escalofrío ante lo que veía ante mí. Mis ideas acerca de lo que significaba un artista eran en aquel entonces aún bastante vagas; es probable que Hitler se representara también aún muy incierto bajo este nombre. Sin embargo, tanto más atractivo se me aparecía a mí todo ello.

Hitler hablaba raramente de su familia. Era preferible no confiarse demasiado a los mayores, opinaba, pues éstos no hacían más que procurar disuadirle a uno de sus propias intenciones en su particular beneficio. Así, por ejemplo, su tutor, un campesino de Leonding, llamado Mayrhofer, pretendía que él aprendiera un oficio. También su cuñado era de la misma opinión.

Deduje de ello que en casa de Hitler debían reinar unas complicadas relaciones familiares. Al parecer, entre todos los adultos, no tenía más que a una sola persona en verdadera estima: ¡A su madre! Y, con todo ello, no contaba en aquel entonces más que dieciséis años, es decir, era nueve meses más joven que yo.

Por lo demás, ninguna de sus opiniones, distantes de toda concepción burguesa, me molestaba a mí en lo más mínimo. ¡Por el contrario! Justamente este aspecto desusado de su naturaleza me atraía a él aún con mayor fuerza. Que hubiera dedicado su vida al arte era para mí la mayor revelación que una persona joven pudiera anunciar; pues, en silencio, también yo albergaba a menudo la esperanza de poder huir del polvoriento y ruidoso oficio de tapicero hacia el puro y elevado campo del arte, para dedicarme por entero a

la música. Para una persona joven no es, en modo alguno, indiferente el lugar en que se inicia una nueva amistad. Que nuestra amistad se hubiera iniciado en el teatro, ante un deslumbrante escenario y en medio de la embriagadora música, se me aparecía, por decirlo así, como un símbolo. En cierto sentido, nuestra amistad se encontraba también bajo esta afortunada atmósfera.

Por lo demás, yo me encontraba también en una situación parecida a la del mismo Hitler. Había salido ya de la escuela, y ésta no tenía nada que ofrecerme. A pesar de todo mi amor y afecto por mis padres, las personas mayores no representaban mucho para mí. Y, ante todo, aun cuando era mucho lo dudoso e incierto en mí, no tenía yo a nadie en quien pudiera confiarme.

A pesar de todo, nuestra amistad fue en un principio bastante difícil, puesto que nuestro modo de ser era fundamentalmente distinto. En tanto que yo era un muchacho callado, algo soñador, muy sensible y acomodable, es decir, dócil, un "carácter musical", por decirlo así, Hitler era extraordinariamente violento y temperamental. Las cosas más ofensivas, algunas palabras ligeras quizá, podían provocar en él arrebatos de cólera que, a mi modo de ver, no guardaban la menor relación con la intrascendencia de su causa. Sin embargo, es probable que, en este punto, no entendiera yo del todo a Adolfo. Es posible que la diferencia entre nosotros dos fuera que él se tomaba las cosas en serio, en tanto que a mí me eran indiferentes. Sí, ésta era una de las típicas características suyas: todo le ocupaba e intranquilizaba y nada era para él indiferente.

Pero a pesar de todas las dificultades, derivadas de la diversidad de nuestros caracteres, nuestra amistad no estuvo jamás seriamente en peligro. No sucedía tampoco, como es frecuente entre los jóvenes, que con el tiempo llegáramos a ser extraños e indiferentes. Al contrario. En las cosas externas nos teníamos mutuamente la mayor consideración. Esto puede sonar tal vez extraño, pero aquel mismo Hitler, tan implacable en la defensa de sus puntos de vista, podía ser, a la vez, tan respetuoso y considerado, que yo debía sentirme a menudo avergonzado. Es por ello que con el tiempo llegamos a habituarnos completamente el uno al otro.

No tardé en darme cuenta de que la pervivencia de nuestra amistad se debía, en no pequeña parte, a que yo era capaz de escuchar pacientemente. A pesar de ello, no me sentía, en modo alguno, desgraciado por este papel pasivo; pues precisamente por ello comprendía claramente hasta qué punto me necesitaba mi amigo. También él estaba completamente solo. Su padre había muerto hacía dos años. La madre, a pesar de cuanto él la quería, no podía ayudarle en sus problemas y dificultades. Recuerdo cómo, en ocasiones, me daba largas conferencias sobre cosas que no me interesaban en lo más mínimo, como el impuesto de consumo, que se cobraba en el puente del Danubio, o sobre una lotería de beneficencia, a cuyo fin se colectaba en aquellos días por las calles. Sabía hablar, y necesitaba a alguien que le escuchara. Muy a menudo me sentía yo lleno de asombro, cuando, solo ante mí, pronunciaba

un discurso con una animada mímica. Nunca le molestaba que fuera yo su único público. Pero una persona joven que, como mi amigo, pudiera captar con extraordinaria intensidad todo lo que veía y vivía, necesitaba un medio para hacerle tolerables las tensiones provocadas por su impetuoso temperamento. Estas tensiones se expresaban en él de manera directa en sus charlas y discursos. Estos discursos, pronunciados casi siempre en un lugar cualquiera, al aire libre, bajo los árboles del Freinberg, o en los bosques de las islas del Danubio, semejaban a menudo verdaderas erupciones volcánicas. Surgían de su interior como si algo extraño, muy distinto, se abriera paso en él. Hasta entonces no había visto yo tales éxtasis más que en el teatro, entre los actores, que debían expresar cualesquiera sentimientos, y, en un principio, yo no era más que un oyente desconcertado y admirado ante tales estallidos, que, en su asombro, se olvidaba finalmente de aplaudir. Sin embargo, no tardé en comprender que este "teatro" no era en realidad teatro. No, esto no era fingido, no era exagerado, ni "representado", era vivido profundamente. Comprendí, también, cuánta amarga gravedad se escondía en todo ello. Una y otra vez debía admirarme yo por la habilidad de sus expresiones, la fluidez con que las palabras surgían de sus labios, cuan gráficamente sabía describir todo lo que llenaba su interior cuando se dejaba arrastrar por sus sentimientos. No era lo que decía lo que me gustó de él en un principio, sino cómo lo decía. Esto era para mí algo nuevo, algo genial. No había sabido siquiera hasta entonces que un hombre, con la ayuda de simples palabras, pudiera ejercer una influencia semejante. De mí no se esperaba más que una cosa: asentimiento. Esto no tardé en comprenderlo. Y no me fue tampoco difícil ofrecerle mi asentimiento, pues muchos de los temas que tocaba me eran absolutamente desconocidos.

A pesar de ello, sería falso decir que nuestra amistad quedara reducida a esta sola faceta. Esto hubiera sido demasiado cómodo para Adolfo y demasiado poco para mí. Lo esencial seguía siendo que nos completábamos magníficamente: en él palpitaba una activa concepción frente a la vida, que exigía una participación interna cada vez mayor; pero, en el fondo, sus elementales arrebatos de cólera eran una prueba de la pasión que ponía él en todas las cosas. Yo, en el fondo una naturaleza contemplativa y pasiva, tomaba con más o menos reservas lo que a él le apasionaba, y, salvo en los asuntos musicales, me dejaba convencer fácilmente. Fue gracias a él que pude comprender a fondo el tiempo y el mundo que nos rodeaba.

De todas formas, debo reconocer que Adolfo exigía mucho de mí. Disponía arbitrariamente de todas mis horas libres. Como su propio tiempo no estaba sometido al menor orden, debía someterme yo por entero a sus deseos. Lo exigía todo de mí, pero estaba también siempre dispuesto a hacerlo todo por mí. Para mí no cabía ciertamente ninguna otra posibilidad. Teniendo de este modo todo el tiempo absorbido por él, no me hubiera sido posible cultivar ninguna otra amistad. Yo no sentía tampoco la menor necesidad de ello; pues Adolfo